

PODRIDA

UN RELATO DE

LORENA KOTOKINO

ILUSTRACIONES DE

MAYESKA MAXIMINO

INCLUIDO EN LA ANTOLOGÍA



SABOR A
SANGRE



PODRIDA

¿Notará la gente el olor a basura que hay en el vagón? ¿O solo soy yo la que lo nota? Olisqueo el aire. Viene de cerca. Miro al señor de al lado de arriba abajo, y disimuladamente dirijo mi nariz hacia él. Huele a perfume barato.

Abro mi bolso y saco una mascarilla, me la pongo para evitar oler aquel pestilente aroma hasta mi parada.

Por fin, fuera del tren, camino por la calle rumbo a casa. Oh no, ese maldito olor de nuevo. Oteo a mi alrededor; no hay nadie cerca, ni basura en los alrededores. Giro mi cara hacia la axila. No huelo a sudor. Abro un poco mi jersey y meto la nariz dentro para oler mi cuerpo.

Me invade una arcada. Soy yo.

Acelero el paso, me muero de la vergüenza. ¿Desde cuándo huelo así?

Llego a casa y me desnudo nada más entrar por la puerta, voy directa al baño. Me tapo la nariz y la boca con la mano para evitar oler la pestilencia que desprendo. Pongo el agua muy caliente y me froto con jabón un millón de veces.

El olor no se va. Mi piel se pone roja del roce de la esponja, no importa, frotaré un poco más. Me embadurno de colonia y voy a mi cuarto. No pienso salir. Busco en internet causas a mi olor y remedios para quitarlo.

«Tomar agua caliente con limón, desodorante corporal con aluminio, crema de arroz...» leo en voz alta.

Recuerdo que anoche tuve taquicardias, coloco mi mano en el pecho, no noto los latidos de mi corazón. Me tomo el pulso por todos los sitios posibles; las muñecas, el cuello, detrás de la rodilla.

No hay.

¿Estoy muerta? No puede ser. Estoy pensando. Ando, hablo... es extraño. Pongo en el buscador los olores que emano.

«Carne podrida, heces, bolas de naftalina, repollo podrido, basura». *«Cadáver en descomposición»* leo en la pantalla.

¿Y si el olor es porque me estoy pudriendo? Sí, es eso, estoy muerta. Me estoy pudriendo por dentro.

— ¡Mamá! ¡Mamá! —grito desesperadamente.

—Yuriko, ¿qué pasa? ¿Ocurre algo? —pregunta mi madre, abriendo la puerta.

—¡Estoy muerta! ¡Me estoy pudriendo por dentro! Mira, ¡no tengo latidos! —le digo. Coloco su mano en mi pecho.

—Yo escucho todo con normalidad. Cariño, ¿estas estresada por los exámenes de acceso a la Universidad? ¡Lo harás genial! —Apoya sus manos en mis hombros—. Te traeré té.

Doy vueltas por mi cuarto, mientras sostengo los dedos en mi muñeca izquierda. Sigo sin notar los latidos. Me miro en el espejo del tocador. Estoy pálida; cetrina. Tengo las ojeras marcadas, y noto mis labios de un tono azulado. ¿Estaré sugestionada?

Me trae el té. Lo cojo con ambas manos y lo bebo lentamente.

Se siente bien; caliente y dulce. Me reconforta. Pero no por mucho tiempo. Vomito todo lo que he bebido en el suelo, y, junto al té, descubro una sustancia parduzca. ¿Qué es eso que se mueve? Me agacho.

Gusanos. Muchos gusanos. Retorciéndose en el vómito.

Retrocedo asqueada. ¿Qué me está pasando? No me late el corazón, y si he vomitado es probablemente porque también me han dejado de funcionar los intestinos. Huelo a podrido porque me estoy descomponiendo por dentro. Pero ¿cómo puede ser?, ¿cuándo he muerto?, ¿seré un zombi?

Me siento en la cama y apoyo las manos sobre la cabeza mirando al suelo. Veo borroso, me siento mareada. Tengo que calmarme. Mi cráneo se mueve. Me concreto para saber que ocurre, cierro los ojos, agudizo mi sentido del tacto. Noto como se están separando las suturas. Me levanto como un rayo hacia el espejo del baño. Me miro. Ahí está, lo he visto. No de forma clara, pero lo vi. Corro al baño de mis padres y agarro la afeitadora. Vuelvo a mi aseo y, frente al espejo, comienzo a rapar mi cabeza.

Oh, Dios mío, mi cráneo ondea como si mi cerebro quisiera salir de mi cabeza. O quizás.... Quizás son los gusanos comiéndose mi cerebro. Lloro. No sé qué hacer. Me seco la lagrimas con la mano. Se tiñe de rojo. Elevo mi cabeza.

Estoy llorando sangre.

Abro el grifo y lavo mi cara. Froto mis manos con jabón para quitar la sangre. Mis ojos se han teñido de rojo, están inyectados en sangre. Golpeo el espejo, rompiéndolo.

Comienzo a temblar cuando veo el relieve de varios gusanos por debajo de mi piel.

No, no, no.... Esto no puede ser real. Parpadeo varias veces, pero ahí siguen, reptando por mi piel. Rebusco en el armario la cuchilla de depilar. La desmonto. Saco la cuchilla del mango. Sigo al gusano más gordo, que reptaba hasta mi antebrazo, cojo la cuchilla y rajo mi brazo para sacar al insecto. La sangre brota espesa y oscura. No es sangre normal; parece coagulada.

El gusano no sale. Veo como serpentea, tengo que sacarlo. Rajo una y otra vez mi brazo, la sangre crea un charco parduzco en el suelo. ¿Dónde está? ¿Dónde? Extiendo mis brazos. Decenas de gusanos los invaden. Asqueada, vomito. Me siento en el suelo, temblando.

Algo se traba en mi garganta, hago el esfuerzo de toser, y vuelve el vómito acompañado de una masa marrón rojiza. Me recuerda a los filetes de hígado que cocina mi abuela. Abro mucho los ojos.

¿Será mi hígado? Claro que sí, estoy muerta. Me estoy pudriendo.

Estoy mareada. La sangre sigue saliendo de mis brazos. Mis órganos no funcionan. Pero, por alguna extraña razón, sigo viva. Quizás ahora soy inmortal.

¿Y si lo compruebo?

Me levanto tambaleante y voy hacia la ventana. Abro la hoja y me pongo de pie sobre el alfeizar. El aire me azota la cara. Miro abajo. Nueve pisos. ¿Sobreviviré?

Imagino la cara de la gente cuando me vea levantarme como si nada.
Rio.

Mi madre entra por la puerta al escuchar mis risas enloquecidas.

— ¡Yuriko, que haces! ¿Hija, que te ha pasado?

—pregunta llorando mientras se acerca—. Cariño, no hagas ninguna locura. Si estas estresada, o triste, o alguien te está haciendo daño buscaremos ayuda. ¡Yuriko, no saltes! ¡por favor!

—Mamá, ya estoy muerta. Me estoy pudriendo, tengo gusanos dentro, mis órganos no funcionan, y ¡mírame! ¡Sigo viva! —Rio de nuevo— ¡Soy inmortal! ¡Te lo demostraré!

Yuriko saltó del noveno piso, mientras su madre gritaba. El cuerpo de la joven se estampó contra el asfalto. Murió en el acto.

No era inmortal.

Según lo relatado por su madre, los médicos concluyeron que Yuriko padecía «*síndrome de Cotard*», un trastorno mental por el cual las personas sienten que están muertas y se están pudriendo, lo que los lleva a pensar que son inmortales.

Mientras, el cuerpo de Yuriko reposaba sobre la fría plancha de la morgue, de su nariz emergió un grueso gusano.